

## FIESTA DE SANTA MARTA DE ASTORGA

**Parroquia de Santa Marta, 23 de Febrero de 2019**

Acudimos fieles a la cita anual en la que la ciudad y la diócesis de Astorga expresan su testimonio de admiración a Santa Marta que fue martirizada en esta ciudad alrededor del año 251. Este año lo hacemos en el contexto de la celebración del año Diocesano de la Santidad entre cuyos objetivos pastorales se encuentra el dar a conocer los santos y beatos de nuestra diócesis y celebrar con devoción sus fiestas. Santa Marta es la primera cristiana que derramó su sangre por Cristo en estas tierras asturicenses gobernadas por el Procónsul Paterno. Una sencilla mujer de esta ciudad que resistió con fortaleza las insidias de los enemigos de la incipiente fe cristiana. Santa Marta tenía muy claro en su mente y en su corazón que pertenecía a Cristo y que nada ni nadie la separaría de su amor. Admiramos y celebramos hoy su fortaleza en la fe y su constancia en la virtud.

La fidelidad a Cristo de Santa Marta hasta derramar su sangre contrasta con la infidelidad del obispo Basíldes quien, según las noticias que tenemos a través de la epístola nº 68 del obispo Cipriano de Cartago, por aquellos mismos días del siglo III se vio envuelto en la persecución contra los cristianos decretada por el Emperador Decio. Su respuesta fue muy distinta a la de Marta, pues, «estimó en más la salud percedera del cuerpo que la del alma perpetua», adquirió un *libellus*, un documento expedido por las autoridades romanas por el que su poseedor, a cambio de una cantidad económica, quedaba exento de la persecución.

Los primeros puestos en la iglesia y en el Reino de Dios son para los santos, es decir, para aquellos hermanos y hermanas que permanecen fieles a Cristo confesando su fe en él con una vida santa o con el martirio. No es la función que ocupamos en la iglesia la que nos hace santos sino la fidelidad a la gracia de Dios hasta el fin de nuestros días. La igualdad entre todos los bautizados es un hecho real pues todos tenemos la misma dignidad, la misma misión y la misma meta: la santidad. He aquí la verdadera igualdad entre el hombre y la mujer en la Iglesia. Todos podemos llegar a ser santos si perseveramos unidos al amor de Cristo hasta el final y si cumplimos su mandato de amarnos como hermanos. No es el puesto de obispo, sacerdote o religioso el que nos hace más grandes en la Iglesia, sino la santidad de vida que cada uno de nosotros manifestamos.

Tengo muy claro que como obispo de Astorga no soy el más importante entre vosotros. Los más importantes en nuestra iglesia diocesana hoy son las personas santas con las que me encuentro en muchas parroquias. Aquellas que viven una sencilla vida de oración, de comunión con la iglesia y de servicio al prójimo sobre todo a los enfermos y ancianos. Cuando visito a los enfermos y ancianos en sus casas y observo el amor con el que los atienden sus familiares y amigos y cómo los mismos ancianos y enfermos permanecen en oración constante, me siento realmente pequeño ante tanta generosidad y amor. Cuando

me invitan a un hogar cristiano donde me encuentro con familias cuyo fundamento es el amor de Dios y lo manifiestan en el amor mutuo que se tienen los esposos entre sí y con los hijos y el que tienen los hijos con sus padres y con sus hermanos, me siento como si hubiera entrado en el cielo. Cuando estoy al lado de sacerdotes y religiosos que no tienen un momento para sí, sino que sólo buscan servir a Dios y a los demás hermanos, me siento edificado y su testimonio me anima a seguir adelante a pesar de las cruces y los problemas de cada día.

Soy consciente que ser obispo no es un honor terrenal sino un servicio permanente a la santidad de todos los fieles. Mi preocupación primera y principal es que el nombre de Dios sea santificado en todos los corazones porque quien santifica a Dios en su corazón se santifica con la ayuda de la gracia y su olor de santidad se extiende a su entorno. Como sabéis cuando me consagraron obispo elegí como lema esta frase del Padrenuestro: "Santificado sea tu nombre". Deseo que mi tarea como obispo esté impregnada por la gracia de Dios en mi vida y que a pesar de mis pecados el Señor tenga misericordia de mí y me admita en su Reino junto a tantos santos anónimos que a lo largo de estos mil setecientos años de historia de nuestra diócesis han vivido santificando el nombre de Dios.

Os invito, hermanos, a seguir el camino de la santidad cada uno según su propia vocación y condición. No permanezcamos por más tiempo en la mediocridad de una vida cristiana que no estimula a nadie. Seamos intrépidos y valientes apóstoles como santa Marta y no tibios y contemporizadores como el obispo Basílides que renegó de la fe que profesaba haciendo componendas para quedar bien. Pero, a pesar de su falta de valentía para afrontar el martirio, al final de su vida se arrepintió y Dios no tuvo en cuenta su pecado sino su corazón contrito y humillado le concedió el perdón de sus pecados y lo alimentó con la eucaristía que es la prenda de la vida eterna.

No nos desanimemos, no caigamos en la tentación de abandonar o detener el camino de la santidad que nos conducirá a contemplar el rostro santo de Dios nuestro Padre. Hagamos todo lo posible para que reviva en nosotros cada día la gracia bautismal. Y cuando por cualquier circunstancia pequemos no nos quedemos en el pecado sino que acudamos al trono de la gracia penitencial y al alimento eucarístico. Nuestra condición de pecadores no debilita nuestra senda de santidad, al contrario, nos favorece porque así se hace fuerte en nosotros la gracia de Dios con la que venceremos "al Diablo que ronda como león rugiente, buscando a quién devorar". Resistámosle como santa Marta firmes en la fe, sabiendo que muchos hermanos nuestros también hoy sufren el martirio en distintas partes del mundo por causa de la fe. Cuando nos desanimemos por el escándalo de nuestros pecados y de los pecados de los demás miembros de la iglesia o por la impotencia de obrar el bien que desearíamos hacer, acordémonos de estas palabras del apóstol Pedro: "El Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de breves sufrimientos, os restablecerá, afianzará, robustecerá y os consolidará. A él el poder por los siglos de los siglos. Amén." (1Ped 5, 10-11).

Agradecemos al Sr. Alcalde y a los representantes de la Corporación municipal su ofrenda a Santa Marta que año tras año realizan en nombre de la ciudad de Astorga. Pedimos que por su intercesión conceda a esta ciudad, a sus autoridades y a todos los vecinos tiempos de paz y de concordia, para que nuestra convivencia sea cada día más perfecta reconociéndonos mutuamente como dignos moradores de esta patria en espera de la patria definitiva que es el cielo.

†Juan Antonio, obispo de Astorga